

Seguridad, certeza y gozo

George Cutting

¿En qué clase viaja?

Usted está en un viaje del tiempo a la eternidad, y es posible que ya esté cerca de la Gran Estación Terminal.

Permítame, entonces, que le dirija esta pregunta: “¿En qué clase viaja?” No hay más que tres clases, y son:

La primera clase, son los que son salvos y lo saben.

La segunda clase, son los que no están seguros de la salvación, pero que desean estar.

La tercera clase, son los que no son salvos, sino que además se mantienen indiferentes a ello.

Hace poco viajaba por tren y ví a un hombre que venía a toda prisa, y haciendo un gran esfuerzo, apenas si tuvo tiempo de saltar al vagón cuando el tren ya estaba arrancando.

“Se le ve muy cansado”, le dijo uno de los pasajeros.

“Sí”, contestó, respirando pesada y entrecortadamente después de cada dos o tres palabras, “pero he ganado cuatro horas, y esto bien valía la pena”.

¡Había ganado cuatro horas! Creía que cuatro horas valían la pena el esfuerzo efectuado.

¿Y qué diremos de la eternidad? Hay en la actualidad miles de personas sagaces y previsoras en todo lo que se refiere a sus intereses en este mundo, pero que parecen totalmente ciegas en lo que respecta a sus intereses eternos. A pesar del amor infinito de Dios, a pesar de la reconocida brevedad de la vida del hombre, a pesar de los terrores del juicio después de la muerte y de la real posibilidad de despertar al final en el infierno, y de aquella gran “sima” que separa a los salvos de los perdidos, las personas siguen su loca carrera hacia un trágico final, como si no hubiera Dios, ni muerte, ni juicio, ni cielo, ni infierno.

Lo crea o no, su situación es tremendamente cólica. No deje pasar para otro día el pensamiento de la eternidad. La dilación no es solamente una ladrona, sino una asesina. Hay mucha verdad en el viejo refrán que dice: “El camino de más tarde lleva a la ciudad de nunca”. Le ruego, pues, que no camine ya más por este camino. “Hoy es el día de la salvación”.

Acaso alguno dirá: “Pero yo no me siento indiferente al bien de mi alma. Mi problema es la incertidumbre. Me encuentro entre los pasajeros de la segunda clase”.

El caso es que tanto la indiferencia como la incertidumbre provienen de una misma cosa: la incredulidad.

Lo primero proviene de la incredulidad en el pecado y la ruina del hombre; lo segundo, de la incredulidad en cuanto al remedio soberano que Dios ha dispuesto para el hombre. Es especialmente para las almas que desean estar seguras de su salvación que se han escrito estas páginas. Puedo comprender en gran medida la profunda ansiedad de su alma; y estoy seguro de que cuanto más interesado esté acerca de este tema de tan trascendental importancia, tanto mayor será su ansiedad hasta que esté seguro de que es verdaderamente salvo. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Marcos 8:36).

Supongamos que el único hijo de un amante padre está navegando. Llegan noticias de que su barco ha naufragado en una costa lejana. ¿Quién podrá describir la angustia del corazón de aquel padre hasta que, por medio de una autoridad digna de confianza, le llega la información de que su hijo está sano y salvo?

O supongamos que usted está lejos de su casa. La noche es oscura y fría e ignora por dónde camina. Llega a un sitio en el que el camino que sigue se divide en dos ramales, y le pregunta a un transeúnte cuál de aquellos dos lleva a la ciudad a la que desea llegar. Él le dice: “Mire, me parece que es éste, y espero que tomándolo llegue a la población a donde quiere llegar”. ¿Le satisfará esta respuesta? Seguro que no.

Tiene que estar seguro acerca de ello, o cada paso que tome hará que aumente su ansiedad. ¡No es para sorprenderse, entonces, que en ocasiones las personas lleguen a no poder ni comer ni dormir cuando la seguridad eterna de sus almas está sin resolver!

Perder los bienes es triste,
Perder la salud, aún más,
¡Perder el alma es pérdida tal,
que no se recobra jamás!

Le quiero exponer con claridad:

- El camino de la salvación
“Daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación”,
(Hechos 16:17)
- El conocimiento de la salvación
“Irás delante de la presencia del Señor ... para dar conocimiento de salvación a su pueblo”. (Lucas 1:77)
- El gozo de la salvación
“Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente”.
(Salmo 51:12).

Aunque estrechamente relacionados entre sí, cada uno de los puntos anteriores se mantiene sobre una base distinta, de forma que es

posible que una persona conozca el camino de la salvación sin tener el conocimiento cierto de que ella misma es salva, o saber que es salva sin poseer siempre el gozo que debiera acompañar a este conocimiento.

El camino de la salvación

Abramos nuestra Biblia en el libro de Éxodo 13:13. Allí leemos estas palabras, pronunciadas por Jehová: “Todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieres, quebrarás su cerviz. También redimirás al primogénito de tus hijos”.

Imaginemos ahora una escena ocurrida hace tres mil años. Se trata de dos hombres, un sacerdote de Dios y un israelita pobre. Están absortos en una seria conversación sobre un asno recién nacido que está junto a ellos.

“He venido a preguntar”, dice el israelita, “si no se podría hacer una excepción compasiva en favor de mí, por esta sola vez. Este pobre animal es el primogénito de una asna que tengo; y aunque sé perfectamente bien qué es lo que dice la ley de Dios acerca de esto, espero que se le perdone la vida. Soy muy pobre y no puedo permitirme perder este animal”.

El sacerdote responde con firmeza: “Pero la ley de Dios es clara, y no admite dudas: 'Todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieres, quebrarás su cerviz.' ¿Dónde está el cordero?”.

“Ah, señor, ¡no tengo ningún cordero!”.

“Entonces, vé, compra uno y vuelve, o de lo contrario se tendrá que quebrar la cerviz del asno. O muere el borriquillo, o muere el cordero en su lugar”.

“¡Ay de mí!”, contesta el israelita, “entonces todas mis esperanzas se desvanecen, porque soy demasiado pobre para comprar un cordero”.

Pero en ese momento se une a ellos una tercera persona. Después de oír el triste relato del pobre hombre, se dirige a él y le dice bondadosamente: “No te desalientes. Yo puedo ayudarte en este apuro en que estás”.

Después de ello, el mismo hombre prosigue: “Tengo en casa, en este monte cercano, un cordero, criado en nuestro mismo hogar, que no tiene mancha ni defecto alguno; nunca se ha descarriado y es muy querido de todos los de casa. Voy por él”. Al poco tiempo regresa, trayendo al cordero que es dejado junto al asno.

Después, el cordero es atado al altar, su sangre es derramada y el fuego consume el sacrificio. El justo sacerdote se vuelve ahora al pobre hombre, y le dice: “Llévate el asno a tu casa, pues ya no se podrá quebrar su cerviz. El cordero ha muerto en su lugar y, en consecuencia, el asno queda libre, gracias a tu amigo”.

¿Puede ver aquí la imagen que Dios nos da de la salvación del pecador?

Sus demandas en cuanto a su pecado exigían “quebrar la cerviz”, un juicio justo sobre usted como culpable, siendo la única alternativa que se interpusiera la muerte de un sustituto divinamente señalado.

Usted no podría hallar la provisión necesaria para resolver su caso; pero, en la persona de su amado Hijo, Dios mismo ha provisto el Cordero. “He aquí el Cordero de Dios”, dijo el Bautista a sus discípulos, al fijar su mirada sobre el Santo y Bendito. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Sí, Cristo fue al Calvario “como cordero llevado al matadero”, y allí “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevamos a Dios” (1 Pedro 3:18). Él “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Dios no disminuye sus justas y santas demandas en contra del pecado cuando justifica al pecador impío que cree en Jesús (Romanos 3:26). ¡Bendito sea Dios por tal Salvador y su salvación!

¿Cree en el Hijo de Dios?

“Bueno”, contesta, “Como pecador digno de ser castigado, he hallado en Él a uno en quien puedo confiar totalmente. Sí creo en Él”.

Entonces Él hace que el valor pleno de su sacrificio y muerte, tal como Dios lo valora, sea tan eficaz como si lo hubiera cumplido usted mismo.

¡Qué maravilloso camino de salvación! ¿No es digno del mismo Dios satisfacer su propio corazón de amor, dar gloria a su amado Hijo y asegurar la salvación del pecador? ¡Qué gracia y gloria! ¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que así dispuso que su propio Hijo amado hiciera toda la obra y recibiese por ella toda la alabanza, y que usted y yo, pobres criaturas culpables, no sólo alcanzásemos toda bendición por creer en Él, sino que además llegásemos a gozar eternamente de la gloriosa compañía del Señor para siempre! “Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre” (Salmo 34:3).

Pero es posible que pregunte ansiosamente: “¿Cómo es que siendo que no confío ni en mí mismo ni en mis propias obras, y descanso totalmente sobre Cristo y sobre su obra, no poseo la certeza absoluta de mi salvación? ¿Cómo es que si bien un día los sentimientos de mi corazón me aseguran que soy salvo, casi siempre al día siguiente me veo asaltado por las dudas, como un buque combatido por el oleaje y sin anclaje alguno?”.

¡Ah!, aquí está su equivocación. ¿Ha visto alguna vez a algún marino tratando de asegurar la nave con arrojar el ancla dentro del mismo barco? No, nunca, siempre la arroja en el mar.

Puede que tenga muy en claro que sólo la muerte de Cristo le da la salvación; pero cree que son sus sentimientos los que le dan la certeza.

El conocimiento de la salvación

Permítame que cite un versículo en la forma equivocada que la imaginación del hombre a menudo lo expresa: “Estos felices sentimientos os he dado a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. Ahora abra su Biblia y compare la anterior cita falsa con la Palabra bendita e inmutable de Dios. Este versículo que acabo de citar torcidamente, 1 Juan 5:13, dice en realidad así: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”.

¿Cómo podían saber con seguridad los primogénitos de los miles en Israel que estaban a salvo aquella noche de la Pascua y del Juicio sobre Egipto? (Ver Éxodo 12).

Visitemos dos de sus casas y oigamos lo que allí se dice. Penetramos en una, y encontramos a sus moradores lívidos, temblando de miedo y llenos de dudas. ¿Cuál es el secreto de tanta palidez y angustia? El primogénito nos informa que el ángel exterminador va pasando por toda la tierra de Egipto, y que no está muy seguro de cómo le vaya a ir a él en esta terrible noche.

“Cuando el ángel exterminador haya pasado de largo de nuestra casa”, dice él, “y haya pasado esta noche de juicio, sabré entonces que estoy a salvo; pero entretanto no puedo saber cómo voy a tener una certidumbre perfecta. Los vecinos de al lado están muy seguros de la salvación, pero a nosotros nos parece que es algo muy presuntuoso. Todo lo que puedo hacer es pasar esta larga y triste noche con la esperanza de que suceda lo mejor”.

“Pero”, decimos nosotros, “¿acaso no ha provisto el Dios de Israel un medio para dar seguridad a su pueblo?”.

“Ciertamente”, contesta, “y ya hemos puesto en práctica este camino de salvación. La sangre de un cordero de un año, sin mancha ni defecto alguno, ha sido debidamente rociada con un manojo de hisopo sobre el dintel y los dos postes de la puerta de nuestra casa; pero, con todo esto, no estamos seguros de salir bien de esta situación”.

Dejemos ahora a estas gentes angustiadas por la duda, y pasemos a la casa vecina.

¡Qué contraste tan marcado se advierte en ella! Resplandece la tranquilidad en cada rostro. Ahí están, a punto de marcha con sus vestidos ceñidos a la cintura, con el bastón en la mano, comiendo de pie el cordero asado.

“¿Cuál puede ser el significado de tanta calma en una noche tan terrible como ésta?”, preguntamos.

“¡Ah!, estamos aquí esperando la orden de marcha de parte de Jehová. ¡Entonces le daremos nuestro último adiós al cruel látigo del capataz y a la dura esclavitud de Egipto!”.

“Pero, ¿olvidáis que ésta es la noche del juicio de Egipto?”.

“No; pero nuestro primogénito está a salvo. La sangre ha sido rociada según la instrucción dada por nuestro Dios”.

“También lo ha sido en la casa vecina”, contestamos nosotros, “pero están todos angustiados porque tienen dudas acerca de su seguridad”.

“Pero es que”, dice ahora el primogénito con firmeza, “además de la sangre rociada tenemos la fiel e inerrante Palabra de Dios acerca de esto. Dios ha dicho: 'Veré la sangre y pasaré de vosotros'. Dios queda satisfecho con la sangre que está allí afuera, y nosotros confiamos en su Palabra”.

- La sangre rociada nos da salvación.
- La Palabra hablada nos da certeza.

¿Hay algo que pueda darnos más seguridad que la sangre rociada, o más certeza que su Palabra hablada?

No, nada en absoluto.

Ahora bien, ¿cuál de estas dos cosas estaba más a salvo?

¿Dirá que la segunda, porque todos gozaban de tanta paz? Si dice esto, está en un error. Ambas cosas estaban igualmente a salvo.

La salvación de ellas depende del valor que Dios le da a la sangre rociada afuera, y no al estado de sus sentimientos adentro.

Así que si quiere estar seguro de su salvación, no de oídos al inestable testimonio de las emociones internas, sino al testimonio infalible de la Palabra de Dios.

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).

Cierta granjera, que no tenía suficientes pastos para su ganado, decide arrendar un campo vecino a su casa. Durante cierto tiempo no recibe contestación del propietario.

Un día le visita un vecino, y trata de alentarle diciendo: “Estoy seguro de que conseguirá este campo.

“¡Claro que no!”, exclama usted.

“Pero, ¿por qué no?”, respondo.

“¡Bueno, lo conozco demasiado bien!”

“Pero dígame por qué sabe que no le cree. ¿Está mirando a su fe o a sus sentimientos?”.

“No”, me contesta. “Pienso en quién es el que me trae el mensaje”.

En este momento entra un vecino y le dice: “El jefe de estación ha sido arrollado por un tren de carga esta noche, y ha muerto. Cuando el hombre se retira, usted dice con prudencia: “Bueno, ahora ya casi lo creo; porque, por lo que recuerdo, este hombre sólo me ha mentado una vez en su vida, aunque lo conozco desde que éramos pequeños”.

Otra vez le pregunto: “¿Está mirando a su fe esta vez que sabe que casi lo cree?” “No”, insiste usted. “Estoy pensando en el carácter de mi informante.

Bueno, apenas ha salido este hombre entra una tercera persona, y le trae las mismas tristes noticias que los otros dos. Pero esta vez usted dice: “Ahora, Juan, lo creo. Si me lo dices tú, lo puedo creer”.

Otra vez insisto en mi pregunta (que es un eco de la suya): “¿Cómo sabe que cree tan confiadamente en su amigo Juan?”.

“Debido a quién es Juan. Nunca me ha engañado, y creo que no lo haría”.

De la misma manera sé que creo en el evangelio debido a Aquel que me trae las nuevas. “Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo ... el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5:9,10). “Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Romanos 4:3).

Una persona ansiosa le dijo una vez a un predicador: “Oh, señor, ¿no puedo creer! El predicador le replicó tranquila y sabiamente: “¿A quién no puede creer?”. Esto sirvió para abrirle los ojos. Esta persona había estado mirando a su fe como un algo indescriptible que tenía que sentir dentro de sí misma a fin de poder estar segura de que estaba lista para ir al cielo; en tanto que la fe siempre se proyecta afuera de uno mismo hacia una Persona viviente y su obra consumada, y escucha con tranquilidad el testimonio de un Dios fiel acerca de ambas.

Es el mirar hacia afuera lo que trae la paz adentro. Cuando un hombre dirige su rostro hacia el sol, su propia sombra queda detrás. No puede mirarse a sí mismo y al Cristo glorificado en el cielo al mismo tiempo.

Hemos visto, entonces, que podemos tener confianza en el Hijo de Dios. Su obra, terminada ya, nos ofrece seguridad eterna. La Palabra de Dios nos da a los creyentes una certeza inalterable. Hallamos en Cristo y en su obra consumada el camino de la salvación, y en la Palabra de Dios el conocimiento de la salvación.

El gozo de la salvación

Pero si usted es salvo, es posible que diga: “¿Cómo es que mi experiencia es tan oscilante, que con mucha frecuencia pierdo todo mi gozo y consolación, llegando a sentirme tan miserable y deprimido como lo estaba antes de mi conversión?” Usted descubrirá en la enseñanza de las Escrituras que la Palabra de Dios le asegura que es salvo por la obra de Cristo. Por esta razón, tiene el gozo y la satisfacción espirituales por medio del Espíritu Santo que mora en su vida.

Debe tener presente que toda persona salva tiene aún consigo “la carne”, esto es, la naturaleza pecaminosa con la que nació como hombre natural, y que quizá ya se evidenció desde su más tierna infancia. El Espíritu Santo en el creyente resiste a la carne, y es entristecido por cualquier manifestación de la misma, ya sea de pensamiento, palabra u obra. Cuando el creyente está caminando como es digno del Señor, el Espíritu Santo produce su fruto en el alma, que es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre, templanza (Gálatas 5:22). Cuando el creyente camina de una manera camal o mundana, el Espíritu se entristece y el fruto está ausente en mayor o menor medida.

Para usted que cree en el Hijo de Dios:

- La obra de Cristo y su salvación van juntas
- Su andar y su gozo van juntos

Su gozo espiritual será el resultado de su comportamiento como cristiano. Cuando su manera de andar se derrumbe (y tenga mucho cuidado, porque esto es posible), su gozo se derrumbará con ella.

Acerca de los primeros discípulos se dice que caminaban “en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidos por el Espíritu Santo” (Hechos 9:31) y otra vez en el 13:52 leemos: “Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo”.

¿Ve ahora su error? Había estado mezclando su gozo con su certidumbre, dos cosas muy distintas.

Cuando, debido a su egoísmo, o a su espíritu mundano, o a su propensión a dejarse llevar por la ira, entristeció al Espíritu Santo y perdió el gozo, llegó a pensar que la salvación no era segura. Pero:

- Su salvación depende de la obra que Cristo ha consumado.
- Su certidumbre descansa en lo que la Palabra de Dios dice.
- Su gozo depende de que no entristezca al Espíritu Santo que mora en usted.

Cuando, como hijo de Dios, haya hecho algo que entristezca al Espíritu Santo, su comunión con el Padre y con el Hijo quedará interrumpida.

Supongamos que su hijo haya cometido un acto de desobediencia. Su semblante pone de manifiesto que ha hecho algo que no debía. Media hora antes, estaba disfrutando paseando con usted por el jardín, admirando lo que usted admiraba, alegrándose con lo que le alegra a usted. En otras palabras, ambos gozaban de comunión; sus sentimientos y sus gustos eran comunes a los suyos. Pero ahora todo esto ha cambiado, y como hijo desobediente está de pie en un rincón; es la viva imagen de la infelicidad. Le ha asegurado su perdón en cuanto confiese su falta, pero su orgullo y terquedad le impiden hacerlo.

El gozo y la alegría de hace media hora se han desvanecido. ¿Por qué? Porque la comunión entre ustedes dos ha quedado interrumpida.

¿Y qué diremos del parentesco que existía hace media hora entre usted y su hijo? ¿Ha desaparecido también? ¡Claro que no!

- El parentesco de su hijo con usted depende de su nacimiento.
- Su comunión con usted depende de su comportamiento.

Pero finalmente él sale de su rincón con su terquedad quebrantada y con un corazón contrito, confesando su falta. Entonces usted lo toma en sus brazos y le cubre de besos. Su gozo es restaurado debido a que la comunión ha sido restaurada.

Supongamos que mientras su hijo está en su rincón sin dar muestras de querer reconocer su culpa, en su casa se oye el grito de ¡fuego! ¿Qué sucederá con su hijo? ¿Va a dejarlo allí para que sea pasto de las llamas y para que quede sepultado entre los escombros? ¡Imposible! Es más que probable que él fuera la primera persona a la que sacaría para ponerlo a salvo. ¡Ah, sí, el amor del parentesco es una cosa, y el gozo de la comunión es otra muy distinta!

Cuando David pecó tan gravemente con la mujer de Unas, no dijo: “Vuélveme tu salvación”, sino: “Vuélveme el gozo de tu salvación” (Salmo 51:12).

Cuando el creyente peca, la comunión queda cortada temporalmente y el gozo interrumpido, hasta que se presenta ante el Padre confesando sus pecados.

Entonces, confiando en la Palabra de Dios, sabe que es perdonado, porque su Palabra afirma con toda claridad que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiamos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Tenga siempre presente estas dos cosas: No hay nada tan fuerte como el parentesco, y nada tan frágil como el lazo de la comunión.

Todo el poder y el consejo de la tierra y del infierno combinados nunca podrán quebrantar el parentesco, en tanto que un motivo impuro o una palabra frívola quebrantarán la comunión.

Si se siente entristecido, humíllese ante Dios y considere sus caminos. Y cuando haya detectado al ladrón que le ha robado su gozo, arrástrelo en el acto a la luz, confiese su pecado a Dios, y júzguese a sí mismo sin la menor reserva por el estado descuidado de su alma que ha permitido que el enemigo se introdujera.

Pero nunca, nunca, confunda su salvación con el gozo de la misma.

Sin embargo, no crea que el juicio de Dios caerá un poco más leve sobre el pecado del creyente que sobre el del incrédulo. Él no tiene dos maneras de tratar el pecado, y no puede pasar por alto los pecados del creyente como tampoco pasa por alto los pecados del incrédulo. Pero entre ambos casos hay una gran diferencia.

Dios conoce nuestros pecados y todos ellos fueron cargados sobre Cristo cuando sufrió en la cruz del Calvario. Allí, una vez por todas, se resolvió la gran cuestión de la culpa criminal del pecado del creyente, cayendo el juicio sobre el bendito Sustituto “quién llevó él

mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24).

El que rechace a Cristo tendrá que llevar sus propios pecados sobre su persona en el lago de fuego para siempre jamás.

Pero cuando el creyente cae en un pecado, ya no se puede suscitar más la cuestión de “culpa criminal” del pecado contra Él, siendo que el mismo Juez ha resuelto ya la cuestión de una vez por todas en la cruz. Pero en su alma se suscita la cuestión de la comunión cada vez que entristece al Espíritu Santo.

Valgámonos de otra ilustración. Es una noche esplendorosa de luna llena, que resplandece con una intensidad desacostumbrada. Dos hombres están mirando atentamente a una laguna en cuyas tranquilas aguas se refleja la luna con toda serenidad. Uno de ellos le dice al otro: “¡Qué brillante y redonda está la luna esta noche! ¡De qué manera tan silenciosa y majestuosa sigue su curso!” Apenas acaba de pronunciar estas palabras y su amigo arroja una piedra a las aguas, y el primero exclama: “¡Oh! ¿Qué ha sucedido? ¡La luna se ha hecho pedazos, y sus fragmentos chocan unos con otros en la mayor de las confusiones!”.

“¡Qué absurdo!”, contesta el que arrojó la piedra. “¡Mírala allí arriba! La luna no ha sufrido cambio alguno. Sólo fue el movimiento de las aguas lo que ha hecho que su imagen reflejada haya quedado perturbada”.

Su corazón es como esta laguna. Cuando no se permite la entrada al mal, el Espíritu de Dios toma las glorias y las riquezas de Cristo y las revela para su consuelo y gozo. Pero en el momento en que usted guarda un mal motivo o pensamiento en su corazón, o que se escapa una palabra vana de sus labios, y no se arrepiente, el Espíritu de Dios empieza a remover las aguas. Sus felices experiencias quedan destruidas; se siente perturbado y acongojado interiormente hasta que, contrito de espíritu se presenta ante Dios para confesar su pecado (lo que perturba), y así queda restaurado una vez más al gozo quieto y dulce de la comunión.

Pero cuando su corazón está perturbado, ¿es porque la obra de Cristo ha cambiado? No, su salvación no ha sido alterada.

¿Ha cambiado la Palabra de Dios? Ciertamente, no. Entonces la certeza de su salvación tampoco ha sido alterada.

¿Qué es entonces lo que ha cambiado? La acción del Espíritu Santo en usted, que en vez de tomar de las glorias de Cristo y llenar su corazón con el sentimiento de su dignidad, se entristece ante la necesidad de llenarlo a usted con el sentimiento de su propio pecado e indignidad.

Él le quita el consuelo y el gozo hasta que juzgue y resista aquello que Él juzga y resiste. Cuando esto ha sido hecho, vuelve a quedar restaurada la comunión con Dios.

El Señor nos va así volviendo más y más celosos de nosotros mismos, para que no tengamos ocasión de contristar “al Espíritu Santo, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30).

Por débil que sea su fe, tenga la seguridad de esto, que la bendita Persona que ha ganado su confianza jamás cambiará. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

La obra que Él ha consumado es inmutable. “Todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá” (Eclesiastés 3:14).

La Palabra que ha hablado jamás cambiará. “La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre” (1 Pedro 1:24,25).

Así, el objeto de mi fe, el fundamento de mi salvación, y la base de mi certeza, son por igual eternamente inmutables. Escribió Horacio Bonar:

El amor que por Él siento es inestable
y mi gozo mengua o crece sin cesar;
mas la paz que tengo en Dios es inmutable,
la Palabra de mi Dios no ha de cambiar.
yo varío; pero Él nunca ha variado,
y jamás el Salvador podrá morir;
en Jesús, y no en mí mismo, estoy fiado;
su bondad es la que me ha de bendecir.

Permítame que le pregunte una vez más: “¿En qué clase viaja?”. Vuélvase a Dios de todo corazón y contéstele esta pregunta.

“El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz” (Juan 3:33). ¡Ojalá que la gozosa certeza de poseer esta gran salvación llegue a ser suya, querido amigo, ahora y hasta que el Señor Jesús venga!